

LA FERTULIA.

Periódico semanal de literatura y de artes.

10 CTS.

DOMINGO 18 DE MAYO DE 1851.

N.º 146.

Una semblanza del otro mundo.

En el mes de mayo de 1859 estaba yo en Londres: esta populosa ciudad se hallaba atestada entonces de familias aristocráticas, porque en Londres el verano es la estación mas brillante. En lugar de obsequiar, como sucede en Francia y otros países, el mal tiempo y los hielos de invierno con fiestas y diversiones, en vez de ahogar los silvidos del viento del norte con los ecos de la orquesta y las risas del placer, los ingleses celebran, como los antiguos sacerdotes de Brahma, los primeros rayos del sol y las tempranas flores de la primavera. En la época á que me refiero, el teatro italiano se hallaba abierto, y era el punto de reunion de las personas notables. Hubo un tiempo en que nadie entraba en el *que on's Italian theatre* sino iba con frac negro y calzon corto. Hoy dia en el patio de la ópera italiana es tal la elegancia, que se consideraria de mal tono el ver aplaudir á alguno con las manos desnudas, lo cual dió motivo para que William Been, uno de los mas acreditados redactores del *Times*, hablando del furor que hizo allí la Persiani, digese que *los espectadores habian cambiado tres veces de guantes*.

En la fonda en que yo estaba habia gran movimiento; el dueño iba y venia de un lado á otro como un loco, á nadie hablaba, y se detenia siempre á la puerta del cuarto número 34. Una mañana que me paseaba solo por los pasillos, ví á mi huesped arrodillado delante de esta puerta: tan absorto estaba que no me sintió llegar hasta que le dí familiarmente una palmada en el hombro. El

infeliz se puso á temblar como un delincuente, y quedó mas pálido que un muerto.

—Perdon! perdon! exclamó con doloroso acento.

—Tranquilizaos, le dije, que no trato de atentar á vuestra existencia, ¡Dios me libre! Jamás me perdonarían los gastrónomos el que les privase de un cocinero tan estimable como vos....

—Perdonadme, señor, replicó mi hombre, estaba tan turbado.....

—¿Qué haciais ahí? ¿qué misterioso ser habita ese cuarto?

—Silencio, me dijo el huésped poniendo su dedo en la boca, no hay que reirse de las cosas serias.... Figuraos que yo he querido alejarme de este cuarto, y un poder irresistible me dotiene á mi pesar.

—¿Pues qué hay en él que pueda interesaros?

El fondista se aproximó á mi oído y pronunció estas palabras con voz alterada:

—Es una aparición!

—Bá!... ¿os chanceais?

—Un muerto que ha salido de la tumba!...

—¿Un muerto conocido vuestro?

—Si señor.

—¿De qué séxo?

—Es una muger.

—¿Jóven?

—Jóven.

—¿Y... bonita?

—Muy bonita.

—Diablo! pues haceis mal en tenerle miedo. Yo confieso que no le temería aunque se me apareciera á media noche. ¡Un hombre de vuestro calibre tener miedo á una muger bonita! ya veo que es menester venir á Inglaterra para encontrar cosas raras.

—Cuando sepais toda la historia, caballero, entonces no os sorprenderá tanto.

—Pues bien, hacedme vuestro confidente; mi querido compatriota, y acaso los dos reunidos seremos menos tímidos.

—Hace algunos años, continuó, que vivía yo en Manchester y acababa de casarme; una inquietud mortal turbaba mi tranquilidad; estaba coloso, pero celoso frenético... ¿y sabéis porqué? porque mi muger se ausentaba los domingos para ir... Dios sabe dónde. Tenía en casa un criado que lejos de tranquilizarme aguijoneaba mis sospechas; me dijo un día que si lo permitía espiar á mi esposa, y tuvo la flaqueza de consentir en ello. Juzgad como me quedaría cuando me dijo que mi muger iba á ver un niño.

—Eso sería una mentira.

—¡Ca! no señor, era verdad y muy verdad; yo mismo lo ví... Amenacé á la nodriza y supe que mi muger era madre antes de casarse.

Entré en mi casa furioso; mil pensamientos siniestros me asaltaban; busqué á mi pérfida y le dije: «Infame, tú me has engañado, y me voy á vengar!...» Ya tenía levantada la mano para sacudirla de firme, cuando oigo un grito espantoso.

—¿Quién era el atrevido que gritaba?

—Eso me falta saber todavía... solo puedo decir que acto continuo vi una muger morena y pálida que se aproximó imponente como la estatua de una diosa, y que tendiendo su mano hacia mí, dijo:

«No toques á un cabello de esta muger antes de que tenga tiempo de justificarse.»

—¿Y cuál fué la justificación?

—Tened un poco de calma y escuchad.

La estrangera me dió un papel, en el cual acababa de escribir algunas líneas, y desapareció llevándose á mi muger que lloraba como una Magdalena.

—Amigo, vuestra historia se complica; ¿que contenía ese billete?

Mi huésped me dirigió una mirada penetrante, y continuó de esta manera.

—Leí el papel que decía lo siguiente:

Permitid la entrada al portador del presente, y colocadle en una luneta del teatro Italiano.—M. DE B.

—Hé aquí un modo bien singular de curar á un marido engañado, exclamé; pero no

me estraña, porque es el sistema medicinal de moda; ¿vuestra muger es perjura? pues divertiros y no hacerla caso; esta es la marcha.

—No chancearos caballero, sea superstición, curiosidad ó lo que quiera; yo fui al teatro y ví una pieza que me llenó de horror.

—¿Su título?

—*Otelo*: es la historia de un esposo que asesinaba por celos á su muger inocente: se me erizaban los cabellos... ¿pero sabéis quién era la actriz que ejecutaba el papel de esposa inocente? pues era la estrangera que habitaba en mi fonda.

¡Ah! señor, en la escena en que Desdemona trata de salvarse cuando la va á herir Otelo, yo estendí mis brazos hacia él gritando. «Perdonadla, perdonadla! no la asesineis...» Al concluir la pieza habia perdido el sentido.

Miré á mi huésped y estaba como una grana; sus ojos resplandecían de animación, y su fisonomía habia tomado un aspecto extraordinario.

—Y bien, le dije, ¿perdonásteis á vuestra esposa?

—Sí, amigo mio, la perdóné; la alargué la mano y le digo en presencia de la estrangera: «que Dios te perdone como yo lo hago, y que borre del libro de nuestras faltas aquella de que te acusa la evildencia.»

—Por mi vida os juro, buen hombre, dijo la estrangera, que vuestra esposa os inocente; un día vendrá en que yo pueda desengañaros.

Ese día desgraciadamente no es posible que llegue: la estrangera despues de un concierto en que habia cantado como un angel, se acostó para no levantarse nunca... ha muerto y ha llevado mi secreto á la tumba, porque jamás mi muger ha querido justificarse violando el juramento que le habian exigido. He preguntado al marido de la difunta y me ha contestado que nada sabe, lo cual creo muy bien porque es hombre que no miente; hé ahí mi dicha enterrada en el sepulcro con la única que podia devolvérmela... Pero no concluye aquí lo maravilloso de la historia; esa muger de quien os hablo está en el cuarto á cuya puerta acabais de sorprenderme.

—¿Cómo?

—Si señor, la he reconocido.

—¿A ella?

—A la muerta, no tengo duda.

—Vaya, vos os chanceáis.

—No tal; tiene el mismo traje que la noche del teatro italiano.

Este hombre delira, dijo para mí, y ya iba á retirarme lleno de compasion, cuando la puerta se abre y una jóven aparece.

—No sin objeto, dijo al huesped, me he alojado en esta fonda, caballero....

—¿Lo veis como no estoy loco?

—Os he buscado en Manchester....

Ella es, dijo para mí, y confieso que me dió algo de miedo.

—Vengo á traerlos, continuó la jóven, lo que os habian prometido.

Diciendo esto le alargó un billete cerrado.... el pobre hombre cayó de rodillas fuera de si de espanto.

—No hay duda, exclamó, es la misma letra de mi esuela de entrada.... es la muerta quien escribe.... ¿Habeis salido de la tumba?

Despues cobrando valor abrió la carta, leyó rápidamente y gritó lleno de gozo. ¿Será verdad?

—Si, replicó la jóven, mi hermana sabia toda la intriga. Vuestra esposa es inocente: el niño que ha hecho criar como suyo, era de una jóven de ilustre cuna, cuyo honor ha salvado con su discrecion: Mis G.... que despues de morir su tutor se ha casado con el padre de su hijo.

—Y mi muger ha tenido el valor de sufrir mis reconvenciones?....

—Para hacer vuestra felicidad, continuó la dama, porque han pagado su servicio con mil libras esterlinas que os serán al punto entregadas. Mi hermana supo triunfar de vuestra justa cólera enviándoos á ver el *Otelo*: ella quiso probaros que apesar de todas las apariencias, un marido celoso puede calumniar á una esposa inocente.... Consiguió su fin sin hacer traicion á la confianza que lo habian hecho: os ha vuelto el honor.... rogad alguna vez por su alma.

—Señora, dijo yo á la desconocida, he sido el confidente de este pequeño drama en que tan buen papel representais: todo lo sé menos el nombre de vuestra hermana y el vuestro, de manera que para mí este interesante episodio es como un cuerpo sin alma, como una bella estátua sin animacion.

—En la actualidad ningun inconveniente tengo en complaceros, caballero; mi hermana se llamaba Malibrán, y yo Paulina García. Diciendo estas palabras desapareció, despues de saludarme graciosamente.

Ya conozco el origen de la semejanza que tanto miedo ha causado á mi huesped, digo para mí. ¿Qué historia tan linda!

Sumergido en estas reflexiones, me sacó de mi éxtasis un ruido extraño.... Era el fondesta que abrazaba á su esposa.

Allá vá la segunda zurra que bajo la forma de epístola descarga al bueno de Gallardo el tal Lupian Zapata, muy conocido en esta ciudad, y que por lo visto no piensa abandonar el asunto, dando al traste con la reputacion usurpada de la víbora de los literatos. Dice así la tal epístola, que deja muy atrás á la primera, así en el buen estilo como en lo bien sostenida que se halla la ironía:

Cartas del otro mundo.

II.

Del susodicho Lupian Zapata al renombrado filólogo don Bartolomé José Gallardo.

Amigo y dueño:

Vuesa merced y yo somos para en uno; y dígolo por la semejanza que hay en nuestras vidas y en nuestras costumbres.

Vuesa merced mora

«Cerca del Tajo en soledad amena.»

que dijo Garcilaso.

Y yo habito en las márgenes de la laguna Estigia. Vuesa merced sin duda tendrá en su dehesa de la Alberquilla algun pedazo de jardin, donde deleitar el ánimo con la presencia y el aroma de delicadas flores: yo tambien poseo un jardinico con las plantas que produce este suelo: allá serán rosas y matizados claveles: acá ortigas, jaramagos y zarzas: allí encontrará vuesa merced recreacion en sus cuitas con el cantar de las calandrias, gilgueros y ruiseñores: aquí solo se escucha el plañide-

ro acento de los buitres, sacres, noblies, tagarotes y cernicalos, aves rapiñadoras con quienes vuesa merced, segun declaran la voz y la fama pública, tiene enemistad antigua.

Esto par el dia, que por la noche es otro el cantar con que nos regala los oidos

«Infame turba de nocturnas aves
gimiendo tristes y volando graves.»

como dijo el cisne cordobés en su *Polifemo*.

Pues bien: ayer, estando yo en mi jardínico, héteme aquí que llega un viagero tudesco, recién venido del mundo. Este señor, al punto que me vió, hizo una gran reverencia, y puso en mis manos pecadoras una carta, en cuyo sobrescrito se leía: «*Al Sr. D. Antonio Lupiamejo Zapatilla.*» La letra y la manera de poner mis apellidos me obligaron á creer que el pliego era de vuesa merced. Abrilo incontinenti, y hallé que no me engañaba el deseo. En él vuesa merced me decia mil eucarécimientos del dador, literato tudesco, muy su amigo, y á mas á mas erudito en las cosas de España.

Como vuesa merced lo encomendaba á mi fineza, recibí á esto caballero con sumo afecto.

—¿Con que vuesa merced tiene grande amistad con el buen don Bartolo?

—Si señor, la tengo (respondió) y cuanto puede ser. Yo en Alemania, mi patria, en Italia, Francia é Inglaterra, por donde he viajado mas de lo necesario, nunca habia oido cosa alguna acerca de la existencia de un filólogo español llamado Gallardo. Conocia los nombres de don Agustin Durán, don Juan Eugenio Hartzembusch, don Manuel José Quintana, don José Joaquin de Mora y otros tales; pero jamás el de aquel caballero.

Tomé el camino de Madrid para ver la corte de España, y en ella supe que habia un bibliografo, autor de cuatro papeles volanderos, el cual solia morar cerca de Toledo. De este Gallardo se podia decir con Burguillos, en la *Gatomaquia*.

Este gatazo y sabio GARFIÑANTO,
cano de barba y de mostachos yerto,
de un ojo remellado y otro tuerto,
bien que de ilustre cola venerable
y que sabia con rigor notable
natural y moral filosofia,

60 por los montes vivia

70 en una cueva oculta,

cuya entrada á las fieras dificulta.

Así como GARFIÑANTO ponía estorbos á la entrada de su cueva para que las fieras no lo almorzasen, el tal *Gallardo*, para que no lo garfiñen sus papelotes, tiene un par de mastines en la puerta de su librería, un foso, un contra-foso, dos *trincheas*, como se decia antiguamente, ó *barricadas*, como se dice ahora, y algun trabuco con que dar la bien ó mal venida al atrevido mortal que ose pasar los vedados umbrales de su casa. Yo á fuerza de ruegos conseguí la alta merced de que me permitiese visitar sus libros; pero antes hubo de hacer pleito homenaje de no decir á alma viviente lo que catase en tan extraña mansion, y de desnudarme del todo; pues Gallardo ni aun en camisa me dejaba entrar en la librería, sin duda temeroso de que yo pudiese llevarme á su abrigo alguna joya literaria.

Luego que examiné sus libros, y cuando se llegó la hora de salir de la biblioteca, me miró cuidadosamente Gallardo, como hombre que se temia de mis garras. Pero como yo estaba desnudo, nada podia ocultar, aunque le hubiera deseado á los ojos que me dirijia el filólogo. Sin embargo, este advirtió que yo usaba cabellera postiza (ó peluca segun se dice modernamente) la cual estaba alterada de tanto subir y bajar la cabeza para ver y registrar tal libro impreso, cual manuscrito, este papel volante, aquel pergamino.

Entónces, echando espumarajos por la boca y venablos por los ojos, se avalanzó á mi Gallardo como un energúmeno, y me dijo:—Usted ha venido aqui pagado por mis enemigos para acabar de garfiñarme lo poco que me resta de mis libros y de mis chirimbolos. Para la mejor ejecucion de la presa, ha traído usted peluca; y vive Dios, que debajo de ella esconde usted algun librito en dozavo, de la mas excelente y rara edicion príncipe que atesoró.

Y diciendo y haciendo, cate vuesa merced que me hace mano á la cabellera, me la arrebató, la examina con ojos de buitre, y me la vuelve pidiendome perdon de su descortesía é insolencia, no bien conoció el engaño. Desde ese dia fui su amigo; y tanto que en la hora de mi partida en direccion á estos barrios, me entregó la carta de favor dirigida á vuesa merced, y que vuesa merced tiene presente conmigo su dador, para servirlo en

lo que me hubiere menester y aun en lo que no me hubiere (que así soy yo, y Dios me hizo así, y así he de ser, á pesar de los pesares.)

Estrañas cosas me cuenta vuesa merced de la condicion de mi amigo Gallardo, (dije al filólogo tudesco). Pero en descuento y paga de las buenas razones de vuesa merced, venga conmigo para ver una librería de las mas ricas que por estos barrios solemos tener.

Tomé mi sombrero, y en compañía de mi tudesco, caminé á la casa del buen don Juan Salinas de Castro, poeta del siglo XVII.

Este nos recibió con gran afabilidad y enseñó al tudesco sus libros.

—Aqui (dijo Salinas) no bajan mas que los llenos de boberías y de nécias malignidades, que los buenos jamás son catados por nuestros ojos. Vean vuestas mercedes, lo que tengo y lo único que puede tenerse en estas tierras infernales. *El Quijote* de Avellaneda, las poesías de Leon Marchante, las de Gerardo Lobo, las del Cura de Fruiñe, *el Diccionario crítico-burlesco* de Gallardo....

—Ola (esclamé) con que tambien andan por aqui las obras de mi amigote.

—¿No han de andar? (añadió Salinas) si papelotes con mas yerros no se encuentran, aunque echen hurones para solo ollo. Y si pasamos de las inexactitudes á la soberbia con que han sido escritos, los ciegos pueden ver que sus pretensas gallardías de estilo y correccion de language, mas que gallardías son *tiquis miquis* del habla castellana, y mas que correccion afectados primores con la salpimienta de tal ó cual gabachismo.

Y al que dudo, prueba al canto. Esto Gallardo, publicó en su *Diccionario crítico-burlesco* una sátira mia contra la penitencia de los Jesuitas. Como no tenia presente el original, sacó su traslado de memoria, y en él añadió versos, palabras y conceptos que demuestran que en sus cacareados saberes filológicos hay mas de ruido que de nueces.

Por ejemplo me hace decir.

Acomodé la vista y blanda oreja.

al concierto suave

que se entonaba en este coro grave.

En lugar de *concento*. Vuestas mercedes saben que entonces se llamaba *concento* á lo que los modernos zascandiles literarios dan el nombre de *concierto*.

Y luego,

sup. de 2367. 1884.

Mas con grande mohina corrió el padre *al servicio* la cortina

¿Quién diga lo ha guiado

(me dijo) á un laberinto tan cerrado?

en vez de

«Corrió el padre *al silencio* la cortina» frase que se puede leer en todos los mas bien hablados autores castellanos del siglo de oro de nuestras letras.

Tales errores no son estraños en el impecable Gallardo que dico afrancesadamente en su *Diccionario, resultados* por resultas, y *prestigio* por crédito, añadiendo el barbarismo de poner *sendos* en significacion de *muchos*, en vez de uno para cada uno.

Quien se alaba tanto, quien tanto gallea, quien tanto censura, quien en todo vé faltas imperdonables y crímenes literarios, y quien se canoniza por el mas grande y docto filólogo de España bien merece sufrir, es decir, uno para cada una, pues me contento con poco, sendos azoticos en sus posaderas.

Estas atrocidades ha hecho el temeron Gallardo en una de las pocas de sus obrillas, labradas á fuerza de paciencia y gran costa de aceite, en las cuales afecta poner la flecha en punto donde ninguno la ha puesto. Pero, ya lo aguarda el castigo. Jacinto Polo, á quien de murciano y clérigo hizo cordobés y galeno, y yo presentamos á Pluton un largo memorial de las culpas cometidas por Gallardo en nuestras personas y en nuestros escritos.

La causa ha sido vista, y sentenciada.

¿Y cuál sentencia ha caído en los autos? (pregunté todo trémulo por amor de vuesa merced).

—Poca cosa (dijo Salinas). Cuando baje á estas tierras, será sujeto á un poste con férreas cadenas, y á semejanza del eterno suplicio de Tántalo, sufrirá el castigo de sus culpas en esta forma. Todos sus libros, así de mano como impresos, aparecerán constantemente á su vista puestos en grandes armarios sin puertas. Las sombras de los escritores de su siglo que aun viven se presentarán á sus ojos. Primero verá acercarse á don Agustín Duran paso á paso, el cual tomará los romanceros y cancioneros: luego á don Juan Eugenio Harzembusch, que se llevará consigo manuscritos y raras impresiones de las comedias de Lope de Vega, Tirso y Calderon de la Barca: don Rafael María Baralt se en-

señoreará de los vocabularios antiguos castellanos, de las novelas don Serafín Estebañez Calderon, de los papeles sobre comunidades y reinado de Carlos III don Antonio Ferrer del Rio, de las vidas inéditas de varones ilustres españoles don Mannel José Quintana, de los fueros don Tomás Muñoz, de los libros de judíos don José Amador de los Rios, de los de protestantes y demas que vedó el santo oficio don Adolfo de Castro, y así de los demas, otros escritores seguon sus aficiones y estudios.

Gallardo, amarrado de pies y manos y con una mordaza en la boca, ni podrá defender sus libros, ni aun tendrá el triste privilegio de que sus quejas atruenen estos lugares. Las sombras de esos escritores lo cercarán perenemente, como á Tántalo los manjares intocables, y en este tormento pasarán por él los años y los siglos, y en fin la vida eterna.

Al punto en que escuché la sentencia de vuesa merced, no ví la hora de salir de casa de Salinas para escribir á vuesa merced tan infelice nueva, que llena de congoja mi pobre espíritu. Dilate vuesa merced su venida y procure escribir á Jacinto Polo y á Salinas, retractándose de lo dicho, y pidiéndoles que se aparten de la querrela, para que la sentencia no tenga efecto.

Cante vuesa merced la palidonia de sus yerros, y Cristo con todos.

Beso las manos de vuesa merced. De la laguna Estigia, dia primero de las calendas de mayo del año de nuestra salud 1851.

LUPIANEJO ZAPATILLA.

TEATRO DEL CIRCO.

El señor Osorio. — Jugar por tabla. — El arte de hacer fortuna.

La empresa del único teatro con que contamos hoy en nuestra poblacion, haciendo cuanto puede, y mas de lo que puede, en obsequio del público, contrató al señor Osorio, galan jóven del teatro Español, para que

diese algunas funciones en el que nos ocupa. El jóven actor, cuya carrera tuvo principio en este mismo suelo, del que debe siempre conservar los mejores recuerdos, accedió gustoso á los deseos de la empresa, y en la noche del último domingo se presentó por primera vez, despues de algunos años, ante el mismo público que ya en sus primeros ensayos le habia distinguido con su apraicio. Pero ese público habia conocido al jóven actor en la *infancia artistica*, si nos es licito usar de esta espresion; ahora ocupa un puesto distinguido entre los mejores actores de los mejores coliseos del reino, y si ontónces todo era indulgencia para el humilde principiante, ahora habia que comparar al niño con el hombre, al que tenia en otro tiempo mas disposiciones que conocimientos, con el que habiendo estudiado y conocido buenos modelos y practicado su arte ante públicos numerosos y severos, habia adquirido una reputacion y un nombre. Era preciso juzgar si estos eran bien ó mal adquiridos, y elevar las exigencias al nivel de los efectos del tiempo y del puesto que ocupaba el actor. La posicion del señor Osorio no dejaba de ser algo crítica, porque de una circunstancia tan leve en apariencia, depende algunas veces hasta el porvenir de un artista.

Nosotros, que conocimos al señor Osorio cuando comenzaba la espinosa carrera de la escena, conocimos tambieu en aquel tiempo lo que podiamos prometernos de sus disposiciones. Jóven de corazon y de talento, sabia comprender y sentir; y si al espresar dejaba conocer alguna vez su poca práctica en el terreno que pisaba, no por eso eran menos estimables las buenas dotes de que mas tarde ha sabido aprovecharse. El señor Osorio, sacndiendo la indolencia tan comun en los que profesan su arte, causa las mas veces de que

veamos malogradas las dotes mas brillantes, tenia, repetimos, corazon, y de consiguiente orgullo y ambicion estremada; pero ese orgullo que eleva y que ennoblece, y que tan bien sienta á los diez y ocho años, porque los hombres sin orgullo jamás pueden llegar á ser hombres, y porque es pobre y mezquino el encerrarse una vez á sí mismo en un círculo oscuro, cuyos estrechos limites no se salvan jamás.

Jugar por tabla y *El arte de hacer fortuna* fueron las dos comedias elegidas por el señor Osorio para ser juzgado. De la dificultad de su ejecucion el público juzgará mejor que nosotros podamos hacerlo. La primera de estas producciones, menos conocida que la segunda en los teatros de nuestra capital, y obra de tres autores, todos acreditados en la república de las letras, abunda en situaciones y en interés. Su argumento es sencillo, pero verosímil y de fácil desenlace; su versificación armoniosa, aunque algun tanto descuidada. El papel de Fernando es de difícil comprension, y exige mucho estudio para desempeñarlo con acierto, es decir, para interpretar diestramente el pensamiento del autor. Así en este como en el de don Facundo de *El arte de hacer fortuna*, el señor Osorio nos hizo conocer, y con nosotros á la generalidad del público, que habia sabido aprovecharse del tiempo, del estudio y de las lecciones que ha recibido en estos últimos años; pero aprovecharse mas allá de lo que hay derecho para exigir de un artista que cuenta solo veinte y tres ó veinte y cuatro años. El público gaditano reconoció esto mismo é hizo justicia al mérito del actor, dándole repetidas veces muestras de aprobacion, y llamándole á la escena al final de la representacion entre entusiastas y espontáneos

aplausos.

Como sabemos que el señor Osorio debe darnos todavia otra funcion en el mismo teatro, para la cual ha elegido la interesante comedia *Flor de un dia*, nos reservamos para el próximo número el hablar mas detenidamente de las tres funciones, así como de los demas actores que en ellas toman parte.

Nos limitaremos, pues, para concluir nuestro artículo á felicitar al señor Osorio por la buena acogida que ha merecido entre nosotros, y por el buen nombre que tan justamente ha sabido conquistarse: á felicitar asimismo á la empresa del Circo por su acierto y buenos deseos en proporcionar al público cuantas novedades están en su posibilidad. Con respecto á los demas actores que han tomado parte en las funciones últimas, nos ocuparemos tambien en el número siguiente, para el que reservamos algunas observaciones.

Luis de L. y Corradí.

Desengaño.

Ven, arpa del dolor, presta á mi canto
el lúgubre compás de la agonía;
oprime al corazon pena sombría,
brotan los ojos abundoso llanto.

¡Oh vida de ilusion, vida de gloria!
¡vision alhagadora del deseo!

yo busco tu placer, y solo veo
un recuerdo fatal en mi memoria.

¡Horrible realidad! tu torvo ceño
fascina mi razon sobresaltada;
treguas á mi dolor, la roja espada
¿porqué levantas con tenaz empeño?

¡Ay! ¿porqué, feroz monstruo, porqué dime
en mi pecho sembrar tanta amargura,
y una vez y cien veces dar tortura
al pobre corazon que herido gime?

Soñó la mente con delirio insano
en un rico pensil cándida rosa;
quise tocarla y pua venenosa

hirióme ¡ay triste! la atrevida mano.
Nécio de mí, que al verla tan divina
olvidé que los pétalos de grana
bajo forma tan fresca y tan lozana
pudieran cobijar aguda espina.

Del error ya gustó mi alma afligida
la hiel que amarga, nubla y envenena
con hondo padecer, con ruda pena
las largas horas de mi triste vida.

Ven, esperanza, ven, y mi despecho
templará tu presencia regalada,
la desesperación no halle morada
aquí en el fondo de mi tierno pecho.

La fé cristiana el pensamiento mio
remonte audaz á la celeste cumbre,
y allí un destello sacrosanto alumbro
de mi pobre razón el foco umbrío.

Destello sacro que en el alto cielo
á los causados ojos me presente
aquella pura, misteriosa fuente
que mana sin cesar dulce consuelo.

A María, mi madre cariñosa
que con sus manos de carmin y plata
embotará la hirviente catarata
que de mis ojos en tropel rebosa.

Si, Virgen Santa, en tu piedad confío;
duélanse los tormentos, la agonía
que agovian fieros la existencia mia,
y con cuidado maternal y pio
recoge entre los pliegues de tu manto
el manantial copioso de mi llanto.

J. R. y B.

Cádiz 20 de marzo de 1851.

Miscelánea.

AVENTURA SINGULAR.—*El Sol de Barcelona* del 5 refiere lo siguiente:

María y Julian, jóvenes y solteros ambos, aunque mayores de edad, los dos pertenecientes á la clase artesana, hacia dos meses que se conocían, y su amistad habia tomado tantas creces que antes de transcurrir la mitad de aquel tiempo ya se habian confesado su amor, aceptándolo uno y otro con indecible alborozo. A los pocos dias no bastó ya la declaración de sus amorosos sentimientos, y una promesa mútua de union eterna llenó de gozo sus corazones. En ella sobre todo,

pobre muchacha, llena de ilusiones, huérfana y sujeta á la férula de una tia severa, su contento era sumo, pero aun mas lo era su silencio; nadie sino su Julian sabia que era amada; nadie mas que su amado estaba en el secreto de su próximo enlace. María esperaba vengarse de la severidad y mal trato de su regañona tia, diciéndola un dia con orgullo: Estoy casada y me voy á vivir con mi esposo.

La aurora de este dia tan deseado brilló al fin, y durante él, María dispuso con todo sigilo sus mejores galas para vestirlas durante las horas de la noche destinada para recibir el juramento de eterna fidelidad. Cómo María eludió la vigilancia del cancerbero de su tia, no lo dice la crónica; pero sí que llegó al templo en compañía de dos amigas de mayor edad, palpitándole violentamente el corazón, sintiendo su alma emociones desconocidas, brillando en sus mejillas las rosas del pudor. María iba á ser feliz para siempre: los ojos de la jóven buscaban con ansia á su amado entre el gran número de personas que se hallaban reunidas en la iglesia, por lo comun poco frecuentada, y aunque su atención era mucha, Julian no se veía entre el concurso que cada vez mas iba en aumento. Pero Julian llegó al fin, y con la somisa en los labios, fué en busca de María que se hallaba en la mayor ansiedad.

Los dos se dirigieron al pie del ara donde debían jurarse eterno amor; la multitud de curiosos formaron corro; el sacerdote desde principio á las formulas acostumbradas, cuando Julian fué interrogado si queria aceptar por esposa á María, cuando esta creía oír de su boca el sí tan deseado, con asombro casi desfalleciendo, dió el no mas redondo y sonoro que puede darse; un verdadero golpe de pecho. Júzguese cuál seria la escena que motivaria aquel inesperado no. Nosotros renunciarnos á describirla; solo si diremos, refiriéndonos siempre á la crónica, que se armó un cipizapo terrible, que las voces y tumulto fueron creciendo, que María salió lastimada en su rostro, y que al fin y al cabo tuvieron que intervenir algunos agentes de la autoridad, y hasta se añade que se arrastró á alguna persona. Si aquello era un complot se ignora; pero que fué una escena escandalosa, nadie lo pondrá en duda.